

sente: que se encuentra en la mas humillante, y dolorosa situacion desde que, vuelto á su patria, ha incurrido en la fatal y soberana desgracia de haber obrado en contra del agrado de vuestra santidad. Habiéndole comprometido las circunstancias á conformarse en cierto modo, con las disposiciones de la corte fidelísima, á la que sirve hace veinte años, como es notorio á vuestra santidad; ha sufrido con la mayor resignacion los dolorosos efectos de su desgracia, que ha causado un perjuicio notable á su numerosa familia, que se ha visto despojada de los emolumentos á que su cargo tenía derecho. Pero el mayor y mas sensible tormento de su alma ha sido y es aun el de verse privado de la benevolencia de vuestra santidad; una persona, que despues de haber sido tantas veces objeto de las benéficas intenciones de vuestra santidad, se habia lisonjeado de que no dejaria de recoger sus prósperos resultados.

“Las altas virtudes que adornan el alma de vuestra santidad, y que singularmente resplandecen en el perdon que concede á los que, reconociendo sus propias faltas, imploran los efectos de la clemencia pontifical, han determinado al orador á venir á arrojarse á los pies de vuestra santidad y á suplicarla humildemente que se digne concederle la absolucion apostólica de esta falta que ha cometido, y volverle su benevolencia pontifical, atendiendo á su edad avanzada, á la pesada carga de su numerosa familia, y á la desolacion en que ha vivido, y en que vivirá, mientras que sea privado de la gracia de vuestra santidad, que implora humildemente.”

Por esta falta que ha cometido, Clemente XIV habia ennoblecido y condecorado por un breve á Nicolas Pagliarini; Pio VI, el pontífice de la mansedumbre, se desdeñó de un arrepentimiento, cuya confesion era un nuevo cálculo de codicia ó perfidia; porque en Roma, Pagliarini se llamaba á sí mismo culpable, y en Lisboa, hacia gala de su crimen. Este contraste entre los dos vicarios de Jesucristo, es á la vez una acusacion á Clemente XIV, y un título de honor para Pio VI.

Mientras que la muerte arrebatava con algunos meses de intervalo á Lorenzo Ganganelli y á Lorenzo Ricci, el papa que extinguió la Compañía de Jesus, y el último gefe de esta Sociedad, el breve de extincion atravesaba los mares, y llevaba el luto y la desolacion al seno de las nuevas cristiandades. Los padres Castiglione y Coggeils, herederos en la China de la sabia generacion de los Verbiest, de los Parennin y de los Gaubil, se libraron de esta última desgracia. José Castiglione murió á los setenta años de su edad, colmado de mil pruebas de afecto de la magestad imperial, y ¡favor inaudito! este Jesuita vió al mismo emperador componer y escribir su elogio, que le dirigió el mismo príncipe acompañado de ricos presentes. Coggeils, aunque no tan bien tratado, fué mas útil á los chinos. Antes de morir, hizo una especie de cuadrante que simplifica

ba las operaciones astronómicas. En 1773, dos jóvenes padres partian de Europa para reemplazarles; y otros cinco llegaron por el mismo tiempo á Tonquin. En el mes de Noviembre de 1773, un navio frances dejó en las playas de Canton á cuatro Jesuitas; uno pintor, otro médico, y dos matemáticos. En el momento de abandonar á Paris, el arzobispo Cristóbal de Beaumont les anunció el rayo que estaba próximo á aniquilar á la Compañía. Ellos no creyeron que sus temores, aunque fundados, fuesen motivo suficiente para dejar de obedecer á su general, y se pusieron en camino, deseosos de glorificar hasta el fin su obediencia voluntaria.

Estos Jesuitas ya se consideraban como extrangeros para la Francia; pero el mismo gobierno de Luis XV, conociendo el peso de la reconvention que la Europa sabia tenia derecho á dirigirle, trató por los medios posibles de proporcionar á las ciencias y á las artes tan dignos corresponsales en Asia. El habia proscripto á los Jesuitas; despues de nueve años solicitó su extincion de su santidad, y por una consecuencia algo extraña, honraba á estos misioneros, encargándose de trasportarlos á su costa al territorio de la China. Los representantes del rey de Portugal se ofrecieron en Canton á presentarles al gefe del celeste imperio. Cuatro navios imperiales arriban al puerto; éstos debian trasladar á los Jesuitas á la corte; y á la sazón llegó el breve que les fué notificado por el obispo de Macao. Este era hechura de Pombal; y una compasion burlesca se agregó á esta notificacion. En la alternativa en que les colocó el decreto del papa suprimiendo la Compañía de Jesus y el llamamiento del emperador de la China que les abria sus Estados, los Jesuitas titubearon. Cristóbal de Murr, en su *Diario* (1), nos ha conservado pruebas auténticas de esta perplejidad. Un misionero, tírolés de nacimiento, escribió lo siguiente:

“Despues de tres dias pasados entre la angustia y las lágrimas, pesamos los inconvenientes contradictorios de toda determinacion posible. El emperador nos mandaba que fuésemos á Pekin; y rehusar un favor imperial, se tiene en la China por un crimen de lesa-magestad. Por otra parte, el breve del soberano pontífice nos prohibia entrar allí como religiosos; y el mas pequeño retardo en el cumplimiento de su voluntad hubiera sido condenado en Europa. Tomamos al fin la resolucion de morir, ántes que manchar nuestro instituto con una oposicion al papa en circunstancias tan críticas. Me permitireis que os recuerde la calumnia difundida hace tiempo, de que los Jesuitas se hacen abrir las puertas de la China, mas para ser allí mandarines que apóstoles y misioneros. Nosotros, los últimos de todos, nos hallábamos designados para el mandarinato, despues de nuestra llegada á Pekin; pero no siéndonos posible predicar

(1) *Journal de Christophe de Murr*, t. IV, pág. 231 y siguientes.

BIBLIOTECA CENTRAL

UNIVERSIDAD

alli al mismo tiempo el Evangelio, tomamos por último el partido de regresar á Europa.”

Estos cuatro Jesuitas obedecian mas allá de los mares con igual respeto que lo hacian sus hermanos de Europa; pero esta obediencia comprometió á los ojos del emperador de la China al obispo y al gobernador de Macao. Estos últimos se ocupaban en deshacerse cuanto ántes de los Jesuitas, remitiéndolos á Pombal, quien reservaba para ellos cadenas y sufrimientos. Los chinos fueron mas humanos que los católicos, pues obtuvieron la libertad de los cuatro misioneros, y los dejaron en la isla de Vam-Lú. “No tuvimos que aguardar sino una noche, añadé la carta citada del Jesuita tirolés, para aprovecharnos del último recurso, que fué la generosidad de algunos capitanes de buques franceses que se hacian á la vela para Europa. Se condolieron de nuestras súplicas, y no quisieron dejarnos abandonados y sin recurso alguno humano en el fondo de las Indias. Que no tenga yo palabras tan elocuentes como deseara para alabar dignamente á la nacion francesa! Esta se ha adquirido derechos el eterno reconocimiento de estos cuatro pobres misioneros, por el inmenso beneficio de haberles librado de la mayor de las miserias. Distribuidos en cuatro buques, comenzamos un destierro de tres meses sobre el mar; y nosotros, que abandonamos la Europa con ojos enjutos, derramamos lágrimas amargas al dar el último adios á aquellas playas donde creimos hallar otra patria.”

La historia de estos cuatro Jesuitas, recogida por un protestante, es la historia de todos sus hermanos en el apostolado. La misma queja, tan tierna y tan resignada, resonó en el fondo de la América y en los continentes de la India. Clemente XIV con un rasgo de pluma disipaba el pasado y el porvenir de aquellos hombres, que á todo se sometian sin réplica. El breve *Dominus et Redemptor* los reducia á la indigencia; pero esta indigencia no alteró su fé, ni amortiguó su caridad. Cuando llegó á la China la primera noticia de la destruccion de la orden, el padre de Hallerstein, presidente á la sazón del tribunal de matemáticas, y otros dos Jesuitas, espiraron de dolor al recibir ese golpe (1), semejantes al anciano soldado que muere al pié de su bandera. Otros tuvieron valor en su posicion; y este valor se apareció á nosotros en todo su brillo cuando con ansiosa vista recorriamos las cartas autógrafas é inéditas dirigidas á Europa por los misioneros de la Compañía de Jesus. Entre ellas se ven algunas admirables por sus pensamientos y estilo; y todas están llenas de la elocuente emocion que se advierte en la del padre Bourgeois, superior de los Jesuitas franceses en Pekin. El 15 de Mayo de 1775 escribia en estos términos al padre Duprez: “Querido amigo: No me atrevo hoy dia á desahogar en vos mi corazon, temiendo

(1) *Histoire des mathématiques*, par Montucla, II part., lib. IV, pág. 471.

aumentar la sensibilidad del vuestro. Me contento con gemir en la presencia de Dios. Este tierno padre no se ofenderá de mis lágrimas, porque sabe que corren de mis ojos aunque no quiera, y la resignacion mas completa no es capaz de agotar su manantial. Ah! si supiese el mundo lo que perdemos, y lo que pierde la religion con la falta de la Compañía de Jesus, ese mismo mundo compartiria nuestro dolor. No quiero, amigo mio, ni lamentarme, ni que se lamenten de mí. Haga la tierra lo que quiera; aguardo la eternidad, la llamo, y no tardará en venir. Estos climas y el dolor abrevian unos dias que se prolongan demasiado. Dichosos los nuestros, que están ya reunidos á los Ignacios, Javieres, Luis Gonzaga y á esa legion innumerable de santos que caminan en su compañía en pos del Cordero, bajo el estandarte del glorioso nombre de Jesus!

“Vuestro muy humilde servidor y amigo,  
FR. BOURGEOIS, Jesuita.”

A esta carta va unida la posdata siguiente:

“Querido amigo: esta es la última vez que me es permitido firmar así; el breve está en camino, y llegará muy presto; *Dominus est*. No deja de ser algo haber sido Jesuita uno ó dos años mas.

“Pekin 25 de Mayo de 1775.”

Diez y ocho meses despues, cuando todo se hallaba consumado, una carta del hermano coadjutor José Panzzi, revela las resoluciones que tomaron los Jesuitas y el género de vida que adoptaron. Este hermano, que es pintor, escribe el 6 y el 11 de Noviembre de 1776:

“Continuamos aun reunidos en esta mision: la bula de supresion ha sido notificada á los misioneros, quienes á pesar de eso, no tienen sino una misma casa, un mismo techo y una mesa comun. Ellos predicán, confiesan y bautizan; conservan la administracion de sus bienes, y llenan todos sus deberes como ántes, no habiendo sido ninguno de ellos privado de licencias, porque no podia obrarse de otro modo en un pais como este; mas sin embargo, nada hacen sin permiso de Monseñor nuestro obispo, que es el de Nankin. Si éste se hubiera conducido como otros en Europa, habria concluido nuestra mision, y con ella la religion, lo cual hubiera causado gran escándalo á los cristianos de la China, á cuyas necesidades aun no se ha proveido, y hubieran quizá abandonado la fé católica.

“Nuestra santa mision, á Dios gracias, va bastante bien, y se encuentra actualmente muy tranquila. El número de los cristianos se aumenta cada dia. Los padres Dollières y Cibot están reputados como santos, y lo son en efecto. El primero es el que mantiene la devocion del Sagrado Corazon de Jesus en el estado mas floreciente

BIBLIOTECA CENTRAL  
UNIVERSIDAD DE CHILE

y mas edificante. Este mismo misionero ha convertido él solo á casi toda una nacion que habita las montañas situadas á dos jornadas de Pekin. Mil veces me he encontrado con estos buenos chinos, que acababan de dejar á este padre, á quien habian pedido el bautismo. He notado en todos ellos iguales actitudes y las mismas espresiones de fisonomía que nuestros mejores pintores han sabido dar tan bien en los cuadros de la predicacion de nuestra santa fe por S. Francisco Javier. Aquí, mejor que en otra parte, es donde se puede conocer cuán grande es el favor que Dios nos ha hecho haciéndonos nacer en un pais cristiano.

“En lo que humanamente se puede juzgar de nuestro digno emperador, parece que se encuentra aun muy distante de abrazar nuestra santa religion; y casi no hay motivo para esperarlo, aunque la proteje en sus Estados, pudiendo esto aplicarse igualmente á todos los demas grandes del imperio. Ah! cuántas y qué vastas son aun las comarcas en todo el universo, donde no ha resonado todavía el nombre de Dios! Yo sigo siempre con mi empleo de pintor, y soy el pintor ó el servidor de la mision francesa por el amor de Dios. Me glorió de serlo por su amor, y estoy resuelto á morir en esta santa mision cuando Dios quiera.”

No habiendo sido posible proscribir á los Jesuitas de la China, se les secularizó. Aceptaron la dura ley que se les habia impuesto; pero no por eso dejaron de continuar en sus trabajos apostólicos y científicos. El P. Amiot, segun dice Langlés (1), sabio académico frances, seguia ilustrando la literatura de los chinos y de los tártaros Mantchoux. El P. José de D' Espinha desempeñó á nombre del emperador las funciones de presidente del tribunal de Astronomía, y el obispo de Macao le nombró administrador del obispado de Pekin. Félix de Rocha presidia el tribunal de matemáticas con Andres Rodriguez. El P. Sichelbarth reemplazó á Castiglione en el cargo de primer pintor del emperador. Otros Jesuitas quedaron estendidos por las provincias, evangelizando á los pueblos bajo la autoridad del ordinario.

Este estado de cosas subsistió así largo tiempo, y el 15 de Noviembre de 1783, el P. Bourgeois escribia al P. Duprez: “Han entregado nuestra mision á los PP. de S. Lázaro. Debieron llegar el año pasado: ¿si vendrán en este año? Dios lo quiera; aun no sa-

(1) Langlés siguió al Lord Macartney, en su célebre embajada, y tradujo el *Viaje á la China* de Holmes. En 1805 dedicó esta obra al Jesuita muerto en 1794. La dedicatoria se halla concebida en estos términos: “Justo homenaje de veneracion, de recuerdo y de reconocimiento, dedicado á la memoria del reverendo padre Amiot, misionero apostólico en Pekin, corresponsal de la academia de inscripciones y bellas letras, sábio infatigable, profundamente versado en la historia de las ciencias, de las artes y en la lengua de los chinos, y promovedor ardiente de la lengua y literatura tártara-mantchu.”

bemos nada de positivo. Son valientes y arriesgados, y pueden estar seguros de que haré cuanto me sea posible para ponerles en buen camino. Tenemos un obispo portuñes, que se llama Alejandro de Govea. Es un religioso de S. Francisco, de quien se habla muy bien. No será por mí ciertamente si no pacifica la mision.”

Cinco años despues, el 7 de Noviembre de 1788, Bourgeois escribe al P. Bauregard, orador cristiano, á fines del siglo XVIII. En su carta, el superior de los Jesuitas en China, tributa su homenaje á los Lazaristas, que ocuparon su puesto por disposicion de Pio VI. Esta abnegacion personal, en presencia de las virtudes de un rival, tiene un colorido verdaderamente religioso.

“Queridísimo y mi antiguo cohermano, así se espresa Bourgeois: continuad siempre en dar ó conocer y amar á nuestro buen maestro, y en mostraros siempre digno hijo de S. Ignacio.

“Nuestros señores los nuevos misioneros y sucesores son personas de mérito, llenas de virtudes é instruccion, de celo y de muy buenos principios sociales. Vivimos como hermanos; el Señor ha querido consolarnos de la pérdida de nuestra buena madre; y lo estaríamos completamente, si fuese posible que un hijo de la Compañía pudiese olvidar á su buena y santa madre. Este es uno de los dardos que no es dable arrancar del corazon, y que pide á cada momento actos de resignacion.”

En otra carta, Bourgeois habla del misionero que le reemplaza, y haciendo el elogio de sus virtudes, añade: “No sabré deciros si es él quien vive como un Jesuita, ó nosotros los que vivimos como Lazaristas.

No es solamente en la correspondencia íntima de estos padres donde se descubren las señales de esa obediencia hasta la muerte; por todas partes se encuentran pruebas de ella, y cuando en 1777 la Santa Sede envió otros misioneros para que tomasen posesion entre los indios de la obra de los Jesuitas, se renovó igual ejemplo. Los hijos de Loyola entregaron á otras manos la herencia de S. Francisco Javier, multiplicada por dos siglos de trabajos y de martirios. “Tenian, dice uno de estos nuevos misioneros (1), por superior al P. Mosac, anciano octogenario, encanecido en las fatigas del ministerio apostólico, que habia ejercido por espacio de cuarenta años, y quien abdicó su puesto con la docilidad de un niño.

El 15 de Noviembre de 1774 se vió en Eriburgo un rasgo aun mas notable. Los Jesuitas, proscritos por Clemente XIV, determinaron hacer sufragios por su alma. A este efecto reunieron en la Iglesia colegial de S. Nicolas á todos los habitantes de la ciudad y el P. Mattzel, al pronunciar la oracion fúnebre del soberano pontífice, exclamó en medio de la emocion general: Amigos, queridos ami-

(1) *Voyage dans l'Indostan*, par Mr. Perrin, II partie, cap. IV., pág 174.

BIBLIOTECA CENTRAL

U. N. L.  
U. N. L.

gos de nuestra antigua Compañía, que lo seais actualmente, ó que lo podais ser, si alguna vez hemos sido tan dichosos que háyamos podido hacer algunos servicios á los reinos y á las ciudades, si en alguna cosa hemos contribuido al bien de la cristiandad, ya sea predicando la palabra divina, ya catequizando ó instruyendo á la juventud, ó ya visitando los enfermos y encarcelados, ó componiendo libros edificantes (aunque en nuestra situacion actual tenemos muchos favores que pedir): os rogamos, con las mas vivas instancias, que cese entre nosotros todo recuerdo y queja amarga y poco respetuosa á la memoria de Clemente XIV, gefe soberano de la Iglesia."

De este modo, en todos los puntos del globo, por el testimonio general, consta que los Jesuitas no se resistieron á la arbitrariedad que los desterraba de sus misiones, y que los despojaba de sus bienes; y al sacrificarlos á una paz imposible, no maldijeron á la Santa Sede. No lucharon contra el poder temporal, y se sometieron con la mas dolorosa resignacion al breve de Clemente XIV. Nadie les oyó protestar ni con dudas, ni con reconvenciones, ni con ultrajes. La historia debe hacer constar esta obediencia que honra á la vez á la cátedra apostólica y á la Compañía de Jesus.

Ya hemos referido cómo y de qué manera fué destruido el instituto fundado por S. Ignacio de Loyola. Al fin, ha llegado á esclarecerse esta cuestion por tan largo tiempo controvertida, y á esclarecerse con documentos emanados de los mismos que conspiraron para resolverla. Nuestra tarea se ha reducido á estudiar el acontecimiento de la destruccion de los Jesuitas y á escudriñar el reinado de Clemente XIV. Hele aqui tal como aparece con sus concesiones arrancadas por el terror ó por la adulacion. Los hombres que, ayudados de sus audaces sofismas y sueños impíos, quieren siempre llevar la perturbacion en la fé, en las cosas y en las ideas, se han empeñado y se obstinan aun en elevar al papa, destructor de los Jesuitas, sobre un pedestal gigantesco. Le han presentado como venerable, santo, inmortal, sin tacha, y fundador de un imaginario pontificado civil y moderno. Esta mentida apoteosis sufre la revision de la historia. A la justicia y á la verdad se debía una satisfaccion; y esta satisfaccion se ha dado.

Para terminar nuestro trabajo, solo nos resta seguir á los padres de la Compañía en su dispersion.



CAPITULO VI.

Confusion de ideas despues de la destruccion de los Jesuitas.—El cardenal Pacea y el protestante Leopoldo Ranke.—Situacion moral de la Compañía.—Los santos y los venerables.—Los padres Wiltz, Cayron y Pépé.—El parlamento de Tolosa y el P. Sorane.—Las ciudades de Soleura y de Tivoli elevan una estatua á dos Jesuitas.—María Teresa y el Padre Delfini.—El Padre Parhamer funda una casa para huérfanos de militares.—El Padre de Mattéis en Nápoles.—Los Jesuitas nombrados por los obispos del Nuevo Mundo, como visitadores de las diócesis.—Los Jesuitas en presencia de los misioneros sus sucesores.—Testimonio de Mr. Perrin.—Busson y Gibeaueme.—El cardenal de Bernis, y el caballero de Saint-Priest.—Los Jesuitas vuelven á Cayena bajo los auspicios del rey de Francia y del papa.—Los Jesuitas predicadores en Europa.—El padre Duplessis y los obispos.—El padre Beauregard en Nuestra Señora de Paris.—Su profecía.—Cólera de los filósofos.—El jubileo de 1775.—Reaccion religiosa en el pueblo.—Los filósofos y los parlamentos hacen responsable de ella á los Jesuitas.—El padre Nolhac en el estanque helado de Aviñon.—El padre Lanfant.—Los Jesuitas en las jornadas del 2 y 3 de Septiembre de 1792.—Los Jesuitas españoles durante la peste de Andalucía.—Los Jesuitas obispos.—Los Jesuitas matemáticos, astrónomos y geómetras.—Sus misiones científicas.—Sus útiles trabajos.—Los Jesuitas al frente de los seminarios y colegios.—Los Jesuitas en el mundo.—Su educacion.—Boscovich llamado á Paris.—Poczobut á Vilna.—Hell á Viena.—Liesganig á Lemberg.—El Hermano Zavala, médico.—Ekel, numismático.—Requeno y el telégrafo.—El padre Lazeri, examinador de los obispos.—Los Jesuitas proscritos y teólogos del papa.—Los Jesuitas historiadores y filósofos. Feller en Bélgica.—Zaccaria dirige los estudios de los nuncios apostólicos.—Los Jesuitas ascetas.—Berthier y Brotier.—Freron y Geoffroy.—Los Jesuitas predicadores.—Miguel Denis y sus poesías alemanas.—Berault-Bercastel y Guerin du Rocher.—Ligny y Narusewicz.—Schwartz y Masdeu.—Jesuitas ilustres por su nacimiento.—Conclusion.

Los Jesuitas ya no existian como congregacion religiosa. No es este el lugar ni la ocasion de examinar si su extincion, solicitada en nombre de la fe, de la moral, de la educacion pública, de las liber-

BIBLIOTECA CENTRAL